

EL AUSTRÍACO QUE HUMILLÓ A HITLER

La noticia mereció un corto espacio en la mayoría de los diarios de aquellos años y otros, directamente, la ignoraron. El 23 de enero de 1939, el famoso futbolista austríaco Mathias Sindelar fue encontrado muerto en su domicilio junto con su esposa italiana María Camilla Castagnola. Se determinó que ambos habían fallecido por inhalación de monóxido de carbono y se consignó que estaban abiertas las llaves de la estufa a gas.

En el crudo invierno europeo, se especuló con que el fallecimiento de Sindelar ocurrió como tantos otros, por una falla en el sistema de calefacción de su domicilio, ubicado en la ciudad que tanto amó, Viena, donde los nazis se habían establecido desde hacía unos meses, luego de proclamarle al mundo que Austria pasaba a formar parte del Anschluss. Era la anexión definitiva del pequeño país para hacerlo formar parte del expansionismo alemán.

Las explicaciones de las autoridades alemanas que controlaban la vida en Viena y los reportes periodísticos no dejaban dudas en cuanto a la contundencia del hecho, pero nadie le podía quitar de la cabeza al mundo futbolístico europeo el muy probable sabotaje de agentes de la Gestapo (la siniestra policía secreta alemana) al domicilio de Sindelar, un popular y muy querido deportista de familia judía, que poco antes había desairado al propio Adolfo Hitler.

Algunos, incluso, no descartaban el suicidio de la pareja, dada la pérdida de influencia y de prestigio que había sufrido Sindelar, luego de su decisión de comprarle un negocio en Viena a un amigo judío que había caído en desgracia y necesitaba el dinero. Su irreverencia para con Hitler no le pasó inadvertida a nadie y condenó su futuro deportivo y personal. Sindelar nunca dejó de vivir su condición judía y su mujer María Camilla Castagnola también tenía la misma condición, algo que lo marginó de los círculos de poder rápidamente.

Sindelar era conocido en Austria y Alemania como “El Mozart del Fútbol” por su especial habilidad para manejar la pelota, a pesar de jugar en el puesto de centrodelantero. Con sus casi 175 centímetros y escasos 62 kilos, era la contrafigura de aquellos goleadores de la época, tan grandotes y rústicos. Sindelar reunía casi todas las condiciones de esos mismos hombres, salvo la potencia, algo que reemplazaba con su innegable talento y visión de juego. Apodado “der papierene” (el hombre de papel) porque su fragilidad física se notaba cuando corría y cuando esquivaba los golpes de sus rivales, Sindelar fue el emblema de una nación entera durante los años treinta, a pesar de su origen checo (su padre checo y herrero de profesión, murió peleando en la Primera Guerra Mundial).

Austria era un modelo futbolístico en la época por su prolijidad en el juego y su afán ofensivo, algo que Europa entera conoció en 1931, cuando el entrenador Hugo Meisl condujo al grupo de muchachos que dieron vida al llamado “Wunderteam” a una serie de resultados notables. Meisl era checo y judío, condiciones que no le impidieron trasladarse a Austria y radicarse allí. Tomando las enseñanzas del inglés James “Jimmy” Hogan, logró darle un estilo

propio al equipo y lo convirtió en una de las grandes atracciones de esos años. Meisl se hizo cargo del equipo en 1919 y lo llevó a un nivel sorprendente: Austria tuvo una racha de victorias entre 1928 y 1933, que la posicionaron como una selección temible.

Algún periodista europeo definió al hacedor del Wunderteam así: *“Meisl era un hombre de poca estatura. A la pregunta sobre ¿qué era y qué hacía Meisl?, podría contestarse que era manager, presidente y el más excelente diplomático deportivo que haya conocido el mundo del fútbol en esos tiempos. Fue también el médico milagroso del fútbol, ya que para todos los males encontraba el remedio. Se interesaba por cualquier problema y lo resolvía.”* Una de las máximas favoritas de Meisl era que *“la mayor seguridad en el éxito, radica en una excelente relación entre los jugadores y los dirigentes”*. Se contaba en aquellos años que Meisl autorizó a Sindelar para que no consumiera alimentos con grasa porque le caían mal y que permitía los vasos de cerveza que necesitaba el defensor Karl Sesta antes de jugar para mantener alto su espíritu.

Con Sindelar como su figura indiscutible, el equipo se preparó para participar en la Copa del Mundo de 1934. Antes de la Copa, Austria aplastó 7-1 a Suiza, le ganó 5-0 y 5-2 a Alemania y Sindelar metió ocho goles en los tres partidos. Asombró aun más cuando se deshizo 8-2 de Hungría y vapuleó 4-0 a los franceses. Generó admiración en Londres, cuando cayó 4-3 ante Inglaterra, el inventor del fútbol. Austria debió sortear las eliminatorias y lo hizo sin problemas: debió medirse con Bulgaria y el 25 de abril de ese mismo año aplastó a los búlgaros por 6-1, sin necesidad de medirse contra su rival del momento, Hungría, ya que los magyares también habían vencido dos veces a la débil formación búlgara. El Wunderteam llegó a la Copa de 1934 con un impresionante registro de 28 victorias, dos empates y una derrota. Obtenida la clasificación, Austria tuvo que abrir la Copa del Mundo en el Stadio Benito Mussolini ante Francia, uno de los escasos cuadros europeos que había jugado la primera Copa del Mundo.

Jugaron el 27 de mayo y los austríacos tuvieron que superar la dura resistencia francesa. El juego terminó igualado en un tanto, convirtiendo Sindelar el gol del cuadro de camiseta blanca. En el suplementario, Schall y Bican pusieron 3-1 el partido para Austria y descontó Verriest, sobre el final. El famoso Wunderteam de Hugo Meisl ya estaba en cuartos de final, con la solidez de su arquero Peter Platzer y con el temible Anton Schall como socio de Sindelar. El eficaz Schall fue cinco veces goleador del campeonato austríaco con la camiseta del Admirador Wacker en esos años.

En cuartos de final, Austria se midió con Hungría, el 31 de mayo en Bologna. Los húngaros habían despachado al modesto Egipto, que les peleó duro pero no pudo evitar la derrota. Egipto fue el primer equipo africano en jugar una Copa del Mundo y se fue al descanso empatando en dos goles, aunque luego los húngaros marcarían dos tantos más. Para el choque entre dos cuadros que practicaban un fútbol muy parecido, Sindelar era la estrella austríaca y el goleador del Ferencváros de Budapest, Gyorgy Sarosi, era el ídolo magyar.

Con goles de Johann Horvath y de Karl Zischek, Austria venció 2-1, haciendo inútil el esfuerzo de Sarosi, que había descontando con un tiro penal. El partido fue muy violento, tuvo un expulsado por equipo y varios jugadores austríacos terminaron lastimados. Austria llegó a las semifinales y le tocó nada menos que Italia, el organizador de la Copa, el impiadoso vencedor de

España en dos partidos plagados de desaciertos arbitrales que lo favorecieron claramente. El encuentro se jugó el 3 de junio en el Stadio San Siro de Milán y lo ganaron los anfitriones por 1-0, gracias a un remate del argentino Ernesto Guaita, uno de los cinco sudamericanos nacionalizados por Italia.

El partido estuvo rodeado de muchísima expectativa, dada la injusta eliminación española y la calidad de la escuadra austríaca. Nadie se olvidaba que Austria había vencido por 4-2 a los locales en un partido jugado en Turín cinco meses antes de la Copa. Pero Italia jugó su mejor partido del mundial y el estado barroso del campo de juego lo favoreció. Guaita concretó el tanto luego de una supuesta infracción de Meazza sobre el arquero Platzer, pero el juez sueco Elklind convalidó el gol. La férrea marcación que hizo el argentino Luis Monti sobre Sindelar, más algunos golpes que había recibido en el encuentro ante Hungría, hicieron que el crack nacido en Viena no pudiera destacarse. Así, Italia ganó y llegó a la final que quería Mussolini.

Austria tuvo que conformarse con el partido por el tercer lugar en Nápoles, que perdió 3-2 ante Alemania, un cuadro notoriamente inferior que se aprovechó del decaimiento anímico del otrora Wünderteam. Esa tarde, los austríacos jugaron con la camiseta celeste del Nápoli, porque ambos equipos tenían casaca blanca y no había ninguna ropa alternativa.

Tras varios compromisos internacionales con resultados desparejos, los austríacos se anotaron para las eliminatorias al mundial de 1938, mientras la implacable máquina militar alemana los asfixiaba cada vez más. En los Juegos Olímpicos de Berlín de 1936, habían armado una formación alternativa y aun así alcanzaron la final, cayendo 2-1 ante Italia. El 5 de octubre de 1937, el equipo austríaco se clasificó para la Copa al superar dificultosamente a la modesta Letonia por 2-1. Ya no lo dirigía Hugo Meisl, que había fallecido por un ataque cardíaco en febrero de ese mismo año, a los 55 años. Nacido en una región de Checoslovaquia, Meisl también era de origen judío. Sin su conducción, el equipo se había resentido y no brillaba como antes. Con varios futbolistas de simpatías nazis y otros que negaban cualquier posibilidad de unirse con los invasores alemanes, Austria fue perdiendo eficacia y solidez. Hasta que llegó el momento más temido.

El 12 de marzo de 1938 las unidades del poderoso ejército alemán invadieron Austria y se efectivizó la anexión. El país alpino pasaba a conformar la “banda oriental” del territorio germano y no había manera de oponerse. Mientras se producía el ataque alemán, Adolfo Hitler daba rienda suelta a su plan propagandístico de lograr éxitos deportivos como ejemplo para su propio pueblo. Por esa razón los futbolistas austríacos fueron incorporados al equipo alemán, pero Mathias Sindelar se negó. Ya veterano –tenía 34 años- no aceptó nunca jugar para Alemania y eso le hizo ganarse el odio nazi.

Los alemanes armaron un “referéndum” para convalidar la incorporación de Austria y el 10 de abril de 1938 votaron casi 4,5 millones de personas, que en un 99,7% aceptaron la pretensión de Hitler. Los electores debían marcar una letra X en un círculo enorme donde se afirmaba la idea de la anexión y había un pequeño círculo donde se podía incluir el voto negativo. Todos los observadores denunciaron que los resultados fueron manipulados por el gobierno alemán.

Aunque Alemania había vencido por 3-1 a los austríacos en el mundial de Italia, estaba claro que el equipo alemán no tenía la capacidad creativa de sus vecinos, más pequeños y con menos recambio, pero aun dueños de un estilo que no se podía imitar. Se sabía entre quienes se situaban cerca del poder hitleriano, que el Führer no permitiría que Austria mantuviera a su selección, ya que la anexión impedía al cuadro de Sindelar jugar como si fuera un país. Habían perdido su independencia política y también la chance deportiva de disputar la Copa del Mundo en Francia.

El 3 de abril de 1938, una semana antes del escandaloso referéndum, los jefes alemanes armaron un partido de exhibición entre los invasores y los invadidos, como despedida humillante para el viejo Wünderteam. Se suponía que eso afianzaría la hermandad entre los dos países y los potenciaría en un único equipo, con futuro invencible. Nada de esos sueños nazis se pudo cristalizar. Cuenta la crónica del periodista español Jesús Camacho que *“Hitler, a modo de despedida de la selección austríaca como combinado independiente, decidió organizar un último amistoso entre este país y Alemania. Sindelar resolvió participar con Austria, siendo el capitán en el que sería el último encuentro con su selección. Sin embargo, sólo él sabía que sería el último partido de su vida. Se rumoreó que los austríacos recibieron la consigna de no hacer goles. Durante la primera parte, el delantero austríaco regateó mil y una veces a los defensores alemanes, pero, cada vez que llegaba ante el portero, echaba el balón fuera y volvía a su campo con gestos de resignación. Hasta que comenzó la segunda parte. En la primera ocasión que tuvo Sindelar, llegó hasta la portería alemana y batió al portero de certero disparo. Pero el problema no fue el gol, sino la celebración. En lugar de alzar el brazo frente a Hitler, como todo el mundo esperaba, el delantero austríaco se situó frente al palco de autoridades y se puso a bailar.”*

El periodista Julio Muñoz completa la explicación de Camacho expresando que *“ambiente crispado sin duda, el que se viviría en ese primer tiempo, y que tendría aún su punto más caliente en la segunda mitad, cuando Austria por fin anotaría los dos únicos goles del partido. Pero muy especialmente, con el primero, obra de Sindelar, que no contento con marcarlo, en lugar de hacer el protocolario saludo nazi como celebración del tanto, iniciaría una carrera hasta situarse junto delante de Hitler y realizar un baile que dejó atónito a todos los presentes y que sin duda, le marcaría el destino.”*

El juego lo ganó Austria por 2-0 y el enojo tremendo de Hitler por la afrenta de Sindelar no pasó inadvertido para nadie, empezando por la Gestapo. Fue su último partido con la camiseta de su país y su también virtual retiro del fútbol. Desde ese momento, la presión del régimen nazi fue siendo más asfixiante y se supone que terminó por asesinarlo o bien, inducirlo al suicidio. Impedido de jugar al fútbol oficialmente, escondido en su departamento, su vida pública se fue apagando hasta el instante final. Cuarenta mil personas colapsaron el cementerio de Viena en su entierro, con todos los honores austríacos a pesar de la férrea vigilancia alemana. Años después, la calle donde se suicidó o lo mataron junto con su mujer italiana, pasó a llamarse Sindelarstrasse, en su homenaje. La historia dio origen al mito popular y la figura de Sindelar trascendió épocas y países. Ni siquiera Hitler lo pudo hacer callar. Su actuación lo dejó en el podio de quienes hicieron mucho, perdiendo todo.

Por aquellos días, también perdió la enorme credibilidad que tenía la selección de Inglaterra. Invitados a jugar en Berlín contra la selección alemana, el 14 de mayo de 1938 aplastaron a los germanos por 6-3 y dejaron claro que tenían un buen equipo, a pesar de no querer intervenir en la Copa del Mundo. Sin embargo, la insistencia del embajador inglés Sir Neville Henderson, quien pretendía congraciarse con el régimen de Hitler, los obligó que hicieran el saludo nazi. Muy obedientes, los futbolistas le hicieron caso y provocaron una enorme crítica en su país. Sir Henderson regresaría a su país y testimoniaría su fracaso en pretender un acercamiento con los alemanes, cuando ya estaba declarada la guerra y las bombas nazis caían sobre toda Inglaterra. El fútbol no frenaba la paz, ni en Inglaterra ni antes en Austria.

El entierro de Mathias Sindelar ocurrió seis meses antes del inicio de la Segunda Guerra Mundial, cuando los alemanes invadieron Polonia y el fútbol pasó a ser un recuerdo agradable. Cuenta Julio Muñoz que *“pese a las prisas de la Gestapo, que querían una despedida rápida, casi clandestina, el día de su muerte el Austria de Viena, su club, recibió más de 15.000 telegramas de pésame, tantos que el correo de la ciudad se colapsó, y a su entierro acudieron más de 40.000 personas, que se enfrentaron a la amenazadora presencia de tropas nazis, temerosas de una rebelión de quienes se habían sumado a la despedida de su ídolo. Desde entonces, el 23 de enero de cada año se lleva a cabo una sencilla ceremonia sobre su tumba. En ella participan dirigentes de la Federación Austriaca, del Austria de Viena, aficionados y los de cada vez menos numerosos compañeros de equipo de los tiempos del Wunderteam, que rinden homenaje al mejor futbolista austriaco de todos los tiempos como se determinó en el año 2000 en su país.”*

El periodista austriaco Mattias Marschik señala sobre aquellos días que *“la anexión Anschluss también acabó con el campeonato austriaco. Los equipos locales fueron integrados a las competiciones alemanas y se llevaron dos copas (1938 Rapid Viena; 1943 FC Viena) y un título de campeón (1941 Rapid Viena) figura en los éxitos de estos clubes, hasta el final de la guerra. El profesionalismo fue prohibido en el fútbol, como en Alemania. Los clubes seguían pagando de forma ilegal a los jugadores y les buscaban trabajitos, el Austria Viena empleaba principalmente a las máximas estrellas locales.”*

El historiador agrega *“la persecución de los judíos se extendió al fútbol. A partir de junio de 1938, los judíos no tenían derecho a entrar a un estadio, ya sea como deportista o como espectador. Por ejemplo, los bienes del club judío vienés Hakoah, campeón austriaco en 1925, se incautaron. En 1938, muchos periodistas eran judíos. Las columnas deportivas también fueron afectadas indirectamente. Al igual que el resto de la sociedad, gran cantidad de dirigentes y jugadores judíos tuvieron que exiliarse. El Austria Viena perdió gran parte de su cúpula en pocas semanas. Los futbolistas judíos que se quedaron se unieron en el Macabi, donde al menos podían jugar entre ellos de forma informal, en terrenos cerrados al público en general. Tras 1941, ninguna actividad deportiva fue tolerada.”*

Último espacio de libertad de los vieneses durante la guerra, el fútbol austriaco se reorganizó de manera nacional, algunos días antes de la entrada de las tropas rusas a Viena.

La Federación, disuelta en 1941, se reforma y el campeonato arrancó otra vez en 1946. Aunque no lo fue para todos. El área futbolística del club Hakoah no se recuperó de las consecuencias de la Anschluss. *"Después de 1945, había seis mil judíos en Viena (contra más de 180.000 antes de 1938), pocos para mantener un equipo. El fútbol se suprimió a inicios de los años cincuenta"*, explicó Paul Haber, presidente del club hace algunos años. Hubo 65.000 judíos asesinados y 130.000 exiliados desde la anexión alemana. Sindelar fue una de sus víctimas más famosas.